

"atacarme, del cuartel general de Mejicanos, produjo una fuerte
 "resistencia en algunos prestamistas, que se negaron á pagar, bajo
 "diferentes pretextos, sus respectivos contingentes. Cuando se con-
 "firmó la noticia de que el enemigo se aproximaba al Lempa, espe-
 "dí una orden para que al que no quisiese prestar sus servicios
 "como propietario, se le obligára á hacerlos como soldado, presen-
 "tándose en el cuartel de cazadores. Todos pagaron á esta intima-
 "cion; solo el ciudadano Juan Perez, primer propietario del depar-
 "tamento, quiso tomar las armas. Pero pocas horas despues de ha-
 "llarse sufriendo en el cuartel, todos los castigos y privaciones de
 "un soldado recluta, entregó cinco mil pesos que le fueron asig-
 "nados, y volvió á su casa. La cantidad recaudada, fué distribui-
 "da á los soldados en medio de la plaza, á presencia de los jueces
 "municipales, de los ciudadanos Gregorio Avila, que contribuyó
 "con el género suficiente para dos mil vestuarios, Pedro Gotay y
 "otros muchos de los principales de aquella ciudad, que aun exis-
 "ten hoy en ella para comprobar esta verdad. Como este fué el
 "último empréstito, y el único de alguna consideracion que yo a-
 "signé hasta la conclusion de la guerra, y como algunos han exa-
 "gerado su valor, y tratado de tiránicas las medidas que se toma-
 "ron para realizarlo, no me ha sido posible pasar en silencio estos
 "pormenores. Si hubo alguna severidad contra Perez, fué provoca-
 "da por su misma resistencia: lo exijia, ademas, el orden público
 "amenazado por los soldados leoneses, cansados ya de sufrir la es-
 "casez y de esperar el dia, tantas veces prometido, de que esta ce-
 "sára; y lo demandaba imperiosamente la necesidad de marchar á
 "disputar el paso del Lempa al enemigo. El único atentado que yo
 "supiese y pudiera remediar, fué cometido por el capitán Cervan-
 "tes, que arrancó del cuello á una señora prestamista su cadena de
 "oro, por lo cual fué sentenciado á la pena de muerte y fusilado
 "en la plaza de San Salvador. Los soldados leoneses, que no perte-
 "necian á ningun gobierno y que voluntariamente se habian pues-
 "to á mis órdenes, espresaron de diversos modos sus deseos de re-
 "gresar á Nicaragua. Al coronel Balladares, que se propuso evitar-
 "lo, lo amenazaron haciendo uso de sus armas, y yo solo pude lo-
 "grar que sesenta soldados continuasen en el servicio. Entre tanto,
 "el general Arzú llegó al Lempa con una fuerte division. Al mo-
 "mento marché á evitarle el paso de este rio, y lo habria consegui-
 "do, si el teniente coronel José del Rosario Lopez Plata no hubie-
 "ra descuidado el punto por donde logró aquel desembarcar. Dis-
 "minuida mi fuerza por la desercion de los leoneses, tuve que re-
 "tirarme á Honduras para organizarla. El enemigo que marchaba
 "á mi retaguardia, llegó hasta la ciudad de Nacaome, y no atre-
 "viéndose á perseguirme por el camino de la sierra, que habia ya

"fortificado, regresó á San Miguel."

2—Don Manuel Montúfar quedó, en calidad de Mayor General, á la cabeza de la division que permanecia en Mejicanos. Arzú habia dividido la fuerza sacando la tropa que condujo al Lempa y con la cual, en seguida, se situó en San Miguel.

3—Arce, Marure, Morazan y Garcia Granados hablan estensamente en sus Memorias de don Manuel Montúfar, y toda la prensa centro-americana se ha ocupado de él atribuyéndole diferentes caracteres y presentándolo bajo distintas fases, no solo como militar, sino como político, como periodista y como historiador. Séame permitido, por tanto, dar alguna idea de su persona. Procuraré que en la descripcion ni los vínculos de la sangre ni las afecciones de partido ejerzan influencia alguna. Don Manuel Montúfar no fué educado en ninguna escuela politécnica, ni siguió gradualmente la carrera militar. No habia hecho estudios universitarios, ni poseia títulos académicos. Tenia conocimientos generales, debidos á su aplicacion á las ciencias y á las letras, y al ejercicio de diversos destinos que habia desempeñado desde jóven. No podía llamarse orador distinguido; pero, como dice Marure, escribia con destreza, y su pluma era una de las mas acreditadas de Centro-América. No habia viajado, y su educacion se resentia de las preocupaciones guatemaltecas de aquel tiempo. Oyó decir, desde la infancia, que procedia de las familias que el historiador Juarros hace descender de don Jorge de Alvarado; y sin fijarse en la verdad de este aserto, ni en el origen del mismo Alvarado en España, ni en las generaciones nada aristocráticas que á don Jorge sucedieron, ni en lo poco que vale aun la verdadera nobleza europea despues de la gran revolucion de 1789, tenia la debilidad de considerarse de elevada alcurnia. Era enemigo de la revolucion de Francia, que juzgaba bajo el punto de vista de los horrores de 1793. Sus amistades mas íntimas se hallaban en el círculo de las familias de Aycinena y de Pavon. Montúfar estaba siempre rodeado de esos conservadores que creen que no se puede ser buen guatemalteco sin aborrecer al resto de Centro-América. Su amor á su país natal lo conducia á considerar como desagradable todo lo que estuviera fuera de Guatemala. Con frecuencia tenia que oír á hombres tan localistas que, trasladados rápidamente á Nueva York, considerarían las diferencias entre Guatemala y la primera ciudad del Nuevo Mundo, como defectos de la Union americana. Montúfar mandando en jefe una fuerza, jamás manifestó arrojo. Nunca se le vió uno de esos rasgos atrevidos que, en circunstancias supremas, salvan las situaciones. Su carácter civil lo dominaba aun á la cabeza del ejército. Trataba á los jefes que le estaban subordinados, con las atenciones que dispensa un Secretario de Estado á los individuos del cuerpo diplomático. Ejecutando órdenes superiores

era exactísimo. La idea del honor ejercía en él mas influencia que los sentimientos que produce una meticulosa educación. Pruébalo su conducta al frente de las fortificaciones de Milingo, donde cumplió á sabiendas órdenes absurdas del presidente Arce. Las Memorias de Jalapa revelan su inteligencia, la diversidad de sus conocimientos y la correccion de su lenguaje, como tambien su ódio á los liberales, su refinado localismo, su saña implacable contra el general Morazan, y la indignacion que produce á los hombres que han tenido notable influencia en su país, el verse reducidos á la mas completa nulidad. Montúfar habia sido amigo de don José Francisco Barrundia. Despues de los sucesos del año de 29, pudo volver á Guatemala, asegurando á Barrundia que no tomaria parte en nuevas revoluciones contra los liberales; pero la energia de su espíritu y el deseo de contribuir, aunque fuera solo con su pluma, á un cambio favorable á los serviles, jamás le permitieron pasar bajo las Horcas Caudinas; y cuando se decretaron indultos y amnistias no quiso aprovecharlos. Méjico le habia enseñado que el hombre en su país natal no es un pez en el agua, de donde no puede salir sin asfixiarse. Montúfar llegó sin dinero á la República mejicana. Allí formó un capital y permaneció hasta su muerte. Poco antes de morir, recomendó que sus restos fueran trasladados á Guatemala, y hoy se hallan en el viejo templo del estinguido convento de San Felipe.

4—El Jefe que se acaba de bosquejar, con sus fuerzas mutiladas y despues de todos los sufrimientos que Marure refiere, debia tomar la plaza de San Salvador, que se hallaba bien fortificada y abundante en todos los elementos que faltaban en Mejicanos. Dado el carácter de Montúfar, no era posible esperar que un acto de arrojo ó de osadia salvara la situacion. El envió incesantemente correos á don Manuel Arzú, llamándolo á Mejicanos. Unos de estos fueron interceptados, otros llegaron á su destino; pero Arzú nunca regresó. Es de creerse que este Jefe estaba cansado de una campaña en que tanta influencia tenian los hombres civiles á quienes él no podia dirigir. Probablemente el general Arzú comprendió muy bien que la situacion de su partido exigia un arreglo de paz que tantas veces desecharon las personas á cuyas órdenes se hallaba. Siendo un antiguo Jefe militar y habiendo combatido sin éxito á los salvadoreños en mejores circunstancias, no podia dejar de preveer un término funesto para la causa que defendia.

5—Siguiendo al pié de la letra órdenes de la capital dirigió á los pueblos proclamas que dieron un resultado fatal á los invasores. En una de estas ofrecia el olivo de la paz á los salvadoreños si se rendian, y los amenazaba con los horrores del esterminio si persistian en la defensa de su país. San Salvador se agitó, y hasta las mugeres y los niños pidieron armas para el combate. Aquella capi-

tal presentaba entónces el espíritu patriótico que hizo célebre á Zaragoza cuando la invasion de los franceses. Otra proclama de Arzú, que casi testualmente fué dictada en Guatemala, dice asi: "Pueblos, vosotros sois testigos de que el sagrado de los templos es muy respetado de las tropas federales. Pero estas no pueden permitir que los altares sean robados, y con su plata y alhajas mantenga el enemigo su fuerza y les haga la guerra. Por esto y porque el ejército debe proteger las propiedades de los pueblos, se os excita á ocultar dicha plata, á no entregarla á los enemigos del orden y en caso necesario á que se remita al cuartel general para que en él se asegure."

6—El pueblo del Salvador estaba unido contra sus invasores. Lo reconoce así el autor de las Memorias de Jalapa y elogia esa virtud salvadoreña. Llamar enemigos del orden á los que defendian sus hogares, era producir una impresion fatal en todo aquel Estado. Asegurar que era un robo á los altares tomar sus alhajas para sostener una defensa que se creia santa, era ponerse en pugna con las convicciones generales. Pedir á los agredidos sus mismos bienes para que los invasores en su cuartel general se encargáran de custodiarlos, era inferir una ofensa al pueblo salvadoreño.

CAPITULO SESTO.

Rendicion de Mejicanos.

SUMARIO.

- 1—*Ultima victoria de Montúfar*—2. *Ataque de Quezaltepeque*—
3. *Agitacion en Guatemala*—4. *Envio de auxilios á Mejicanos y sus resultados*—5. *Espedicion del coronel Valdes para proteger un convoy*—6. *Efectos que produjo en Guatemala la pérdida de este convoy*—7. *Contra-sitio de Mejicanos*—8. *Capitulacion*—9. *Los vencidos en Mejicanos llegan á San Salvador.*

1—Montúfar levantó una milicia local en Quezaltepeque, á pesar de su aflictiva situacion. La mandó levantar igualmente en Santa Ana, Sonsonate é Isaleo; pero el éxito no correspondió á sus deseos. La fuerza de su mando se componia en su mayor parte de enfermos. Los soldados que se hallaban con salud eran solo suficientes para defender las trincheras con el auxilio de la artilleria. En esta situacion calamitosa se verificó el ataque del 31 de julio de 1828. Los salvadoreños, con fuerzas superiores á las que defendian la plaza de Mejicanos, la atacaron por diversos puntos. Despues de algunas horas de combate, fueron rechazados y perdieron toda su artilleria. Montúfar tenia las fuerzas necesarias para sostener con dificultad un combate entre trincheras; pero carecia de hombres y de elementos para marchar sobre San Salvador y tomar aquella plaza. El se queja amargamente en sus Memorias de que el general Arzú lo hubiera abandonado; dice que si todas las fuerzas hubieran estado reunidas en Mejicanos, la situacion de la campaña habria sido

diferente.

2—Los salvadoreños habían sucumbido en las trincheras de Mejicanos; pero nadie los perseguía. Se hallaban en su propio país y contaban con la gran mayoría del Estado. Bajo estas favorables circunstancias el general Juan Prem atacó un destacamento que se hallaba en Quezaltepeque y lo derrotó completamente. El autor de las Memorias de Jalapa dice que Prem puso fuego al pueblo, y que dos capitanes fueron asesinados después de hechos prisioneros cuando se les conducía atados á las colas de los caballos. El general García Granados refiere en sus Memorias esa acción con estas lacónicas palabras: "El 14 de agosto, Prem atacó un destacamento que se hallaba en Quezaltepeque y lo derrotó, dispersándose todos los que no quedaron muertos, porque según el uso de entonces, no se dió "cuartel." El general Morazan no habla en sus Memorias de esta acción, y Marure solo dice en las Efemérides que hubo veintidos muertos y que no hay noticia del número de heridos.

3—Cada vez la oposición contra Aycinena era más pronunciada. Los presbíteros doctor don José Mariano Mendez y don José Antonio Alcallaga, habían sido reducidos á prisión; un cura, llamado el padre Casado, estaba desterrado. La casa de don Mariano Fagoaga fué allanada, porque en ella había reuniones de hombres desafectos al Gobierno. Don Carlos Salazar también había sido desterrado. Don José del Valle y don José Francisco Barrundia estaban vigilados. Don Antonio Rivera Cabezas, aprehendido en el departamento de Chiquimula, estuvo á punto de ser pasado por las armas como Pierzon. Algunas influencias lograron salvarle la vida; pero se le condujo fuera de la República por la vía de Chiapas. Todo esto era preciso ejecutar para que se sostuviera un Gobierno ilegítimo bajo el punto de vista de la constitución y de las leyes de aquella época.

4—Aycinena haciendo esfuerzos sobrehumanos, envió tropas de los departamentos de Guatemala y Chiquimula con dinero y municiones al cuartel general de Mejicanos. Las tropas de Guatemala se desertaron en el camino. Solo llegaron á Santa Ana algunos soldados de Chiquimula. Esta deserción era una nueva prueba de que Aycinena estaba combatido por la opinión pública, en el mismo departamento de la capital. El hizo dimisión ante la Asamblea del Estado. Esta dimisión, en concepto de muchos, no fué sincera. Tenía por fin intimidar á los hombres más comprometidos en su causa, para que redobláran sus esfuerzos. La mayoría de la Asamblea estaba á sus órdenes, y la renuncia no fué admitida. Entonces los serviles trabajaron con empeño por hacer creer al pueblo que los salvadoreños no aspiraban á restablecer las autoridades caídas el año de 26, ni á que reapareciera el Congreso Federal, ni á que la conducta de Arce fuera juzgada por los legítimos representantes de

Centro-América, sino á destruir á Guatemala. En arengas á la tropa los jefes serviles señalaban los edificios de la Catedral y San Francisco, de Santo Domingo y la Merced, presentándolos como maravillas del arte y como el objeto de una vivísima envidia de los salvadoreños. Se aseguraba al ejército, que no pudiendo aquellos hombres trasladar á su país tan suntuosos templos, se habían empeñado en demolerlos para que Guatemala no pudiera gloriarse de ellos. Muchos de los serviles hacían befa públicamente de la pronunciación, del vestido, de las maneras, de las costumbres y de cuanto había en el Estado vecino, para que fuera cada vez más odioso al pueblo de Guatemala. Estos rudos ataques á los salvadoreños, han tenido una grande influencia en la suerte de Centro-América. Los odios que existían en las provincias desde antes de la Independencia, aumentados con las dos invasiones imperiales, se exacerbaban, y en lo de adelante han sido un muro de bronce que no han podido penetrar los hombres políticos de ambos países, cuando más han anhelado la reorganización de Centro-América. Todos estos esfuerzos pudieron obtener que una parte de la tropa, creyendo de buena fé que no había en las autoridades ni en el pueblo del Salvador más fin que aniquilar completamente á Guatemala, por envidia de su grandeza, combatiera con denuedo hasta los últimos momentos.

5—Informado don Manuel Montúfar por el Comandante de Santa Ana, del día en que los recursos llegados de Guatemala debían salir para Mejicanos, envió á su encuentro al coronel Valdés con 100 hombres. El general Prem que todo lo observaba, marchó con una fuerza superior sobre Valdés y lo derrotó completamente en Quezaltepeque el 25 de agosto de 828. Hubo 32 muertos y 26 heridos. Los soldados de Valdés que no habían quedado fuera de combate huyeron en todas direcciones. Cien hombres menos con su correspondiente armamento y municiones, debilitaban considerablemente la plaza de Mejicanos. Prem se dirigió sobre el convoy. Para atacarlo reunió todas sus fuerzas disponibles y todas sus partidas volantes. Se emboscó en un punto llamado el Nance, dió una sorpresa á la escolta que conducía los recursos que tanto se necesitaban en Mejicanos, y se apoderó de ellos.

6—La noticia de estas desgracias, produjo á los serviles de Guatemala, una impresión dolorosísima. El dinero que con tantos sacrificios había estraído Aycinena de los propietarios para el sosten de sus tropas, no solo no había llegado á estas, sino que se hallaba en poder del enemigo. Se había trabajado y hecho sacrificios extraordinarios para aumentar los recursos de los salvadoreños, á quienes cada vez se presentaba en las arengas y en los sermones con caracteres más odiosos. Algunas mugeres que creían en las profecías de

la madre Teresa, acudían á la reja y al torno de su convento pidiendo esplicaciones de lo que pasaba. La monja, empleando un lenguaje místico, contestaba que esas pruebas las exigía el cielo: que era preciso esperar con resignación y redoblar los esfuerzos.

7—“Fué contrasitiado Mejicanos, dice don Manuel Montúfar: “Prem se situó en Apopa, y otras divisiones se situaron en diversos puntos: faltaron los víveres, el hambre comenzó á sentirse, “progresó la enfermedad, y las lluvias fueron mas rigurosas.” El general Morazan se espresa así: “Prem disciplinó algunas compañías, y colocándose con ellas á retaguardia del enemigo, le interceptaba los convoyes y aprisionaba á los reclutas que venían de Guatemala, batía las fuerzas que salían del cuartel general de los sitiadores, en busca de víveres, y alentando con todos estos hechos al pueblo, hizo á los soldados concebir esperanzas de un próximo triunfo y creer al coronel Montúfar, jefe del ejército sitiador, que se hallaba sitiado.” En 18 de setiembre, Prem que sabía la escasez de víveres que había en Mejicanos y que estaba auxiliado por el coronel frances Terrelonge que mandaba la caballería, ejecutó una hábil maniobra para engañar á los guatemaltecos y vencerlos con mas rapidez. Hizo que se colocaran unas yuntas de bueyes á la falda del volcan que está á distancia como de media legua. Este ganado se divisaba desde Mejicanos. Montúfar envió al mayor Vera con 160 hombres para tomar las reses. Prem dejó que Vera llegara hasta la falda del volcan, que se apoderara del ganado y que con él contramarchára á Mejicanos. Entonces Prem salió al encuentro de Vera y lo atacó en los estrechos y barrancosos callejones del volcan. “Vera, dice Montúfar, peleó con un valor desesperado y se rindió con diez hombres, despues que toda su tropa fué muerta ó prisionera.” El autor de las Memorias de Jalapa, atribuye todas estas desgracias á la fatalidad, sin conceder á Prem la pericia que desplegó en toda la campaña. Montúfar para proteger el convoy, había perdido 100 hombres á las órdenes de Valdés y para conducir el ganado á Mejicanos 160 á las órdenes de Vera. Dociientos sesenta combatientes menos en aquellas circunstancias, casi dejaban desmantelada la plaza de Mejicanos. Prem comprendiendo la situación, dió un ataque á las trincheras, y despues de algunas horas de fuego, tuvo necesidad de retirarse, pero no hasta la plaza de San Salvador. Conservó algunos puntos intermedios y fué estrechando el sitio por instantes; ya los guatemaltecos no podían tomar agua de los arroyos que abastecen al pueblo. Montúfar esperaba auxilios como único medio de salvacion y con la misma ansiedad con que Massena asediado en Génova aguardaba á Suchet; pero ni los incesantes llamamientos que al general Arzú se hacían, ni el cañon que tronaba en Mejicanos, pudieron obligar á este Jefe á socor-

rer á una fuerza que sucumbía.

8—Viendo el coronel Montúfar que era imposible sostenerse por mas tiempo, propuso una capitulación, que fué aceptada. Se estipuló que hasta la conclusion de la guerra don Manuel y don Juan Montúfar, el coronel Perdomo, don José Antonio Palomo Montúfar, don José Batres Montúfar, y otros seis oficiales quedarán prisioneros. Los demas oficiales y tropa podían retirarse á Guatemala. Tambien se estipuló que sería respetado el derecho de gentes en la persona del Jefe vencido y de los otros prisioneros.

9—El autor de las Memorias de Jalapa, se queja amargamente de los salvadoreños. No los conocía bien, ni pudo comprender, por las circunstancias difíciles en que se hallaba, el juicio que ellos habían formado de su persona. Montúfar había invadido el Estado y contribuido con su cooperacion y sus consejos á las dos invasiones anteriores. Los incendios, la devastacion y la muerte que habían despedazado el Estado del Salvador, se atribuían á su cooperacion en gran parte. Sin embargo, al entrar los prisioneros á San Salvador, solo una que otra voz se oyó contra ellos, y en medio de la efervescencia de las pasiones, las familias mas notables les prodigaban auxilios, manifestando grande interes por su suerte. Era imposible que el Jefe vencido, despues de una lucha tan desastrosa, fuera recibido con los brazos abiertos por todos sus enemigos. La guerra no había terminado. Arzú estaba con sus fuerzas en el territorio del Estado, é iba á abrirse una nueva campaña. Montúfar no era solo el enemigo de ayer, podía tambien serlo el de mañana, y era preciso no permitirle el regreso á su país. El coronel Montúfar, observando los acontecimientos de Centro-América desde Méjico, debe haber hecho justicia á los salvadoreños, comparando la suerte de los vencidos en Mejicanos, con el tratamiento que se dió al general Guzman vencido en Quezaltenango, y con la espantosa matanza de salvadoreños que á sangre fria hicieron los serviles el 19 de marzo de 1840.